

# La antropología política y las elecciones en México

Jorge Alonso\*

---

Investigaciones antropológicas al tratar de dar cuenta de problemáticas específicas de sus objetos de estudio se han topado irremediabilmente con el tema de la política. De tal forma, que de manera tangencial o directa han abordado problemáticas que han sido enmarcadas en la antropología política. Tanto los enfoques indigenistas y campesinistas, como los urbanistas; ya las visiones sobre los obreros, o acerca de empresarios; también los acercamientos propios de la antropología médica o de la de género, en alguno de sus momentos ha tenido que hacer tratamientos de cuestiones políticas.<sup>1</sup>

En la mayoría de los estudios es posible encontrar al menos alusiones a procesos electorales locales. Hay un estudio de una antropóloga que se

---

pológica ha arrojado importantes elementos para la construcción de la antropología política. Nos podríamos referir a Roberto Varela (*Proces politiques a Tlayacapan*, Institut d'Ethnologie, Paris, 1973), a Roger Bartra y otros (*Caciquismo y poder político en el México rural*, Siglo XXI, México, 1976), a Franz J. Shryer (*Faccionalismo y patronazgo del PRI en un municipio de la huasteca hidalguense*, El Colegio de México, México, 1976) a Tomás Martínez y Leticia Gándara (*Política y sociedad en México: el caso de los Altos de Jalisco*, SEP-INAH, México, 1976), a Elena Azaola y Esteban Krotz (*Los campesinos en la tierra de Zapata*, vol. III, SEP-INAH, México, 1976), a Patricia Arias y Lucía Bazán (*Demandas y conflictos*, Nueva Imagen, México, 1979), a Gustavo del Castillo (*Crisis y transformación de una sociedad tradicional*, Ediciones de Casa Chata, México, 1979), a Guillermo de la Peña, (*Herederos de promesas*, Casa Chata, México, 1980), etc.

---

\* Ciesas Occidente.

<sup>1</sup> En esa forma una inmensa información antro-

podría calificar de pionero en los análisis electorales. Fue el de Adriana López Monjardín aparecido a mediados de los setenta.<sup>2</sup>

Desde épocas en las que para los medios masivos de comunicación la lucha electoral en un municipio no parecía noticia, me interesé por tratar de entender qué sucedía con la participación electoral local. Así, en un estudio multidisciplinario realizado a principios de la década de los setenta en el sur de Nuevo León, el trabajo de campo y una minuciosa comparación de los acontecimientos municipales sacó a flote las rivalidades entre los sectores campesino y popular del PRI por hacerse de la nominación de las candidaturas oficiales. Esto era lo que contaba, pues las elecciones pasaban a segundo término. Sin embargo, éstas adquirían relieve cuando algún grupo descontento se erigía como partido independiente y denunciaba los mecanismos del fraude electoral. Dada la simbiosis del partido oficial y del gobierno, una vez pasada la contienda electoral los independientes volvían al redil del partido de estado. Aunque existían partidos opositores, éstos eran débiles y realmente no contaban en la disputa política y electoral. Así la cultura política prevaleciente era de subordinación al centralismo; el PRI no funcionaba propiamente como partido político sino como dependencia gubernamental encargada de hacer elecciones rituales. La distan-

cia entre lo legal y lo que acontecía en la realidad también fue constatada.<sup>3</sup>

A mediados de 1975 apareció el primer número de la Revista *Nueva Antropología*. En la página 56 había una referencia a la política de ese momento en un dibujo de J. Goded: al lado de un logotipo electoral del PRI aparecía una leyenda que decía *Nuestra realidad nacional es casi un coito*. Un año después María del Rayo Mesa (núm. 5) reflexionó sobre "La coyuntura electoral de 1976". Se trataba del primer artículo en la revista sobre temas electorales. Desde una perspectiva marxista se destacaba una campaña presidencial sin oposición registrada. Se proponía como única alternativa para la izquierda que uniera las demandas económicas con las políticas para que se rebasaran las reformas burguesas.

La reforma política lopezportillista y las primeras elecciones encuadradas en ella fueron objeto de análisis en la antropología política mexicana. Por mi parte realicé una investigación sobre la campaña electoral y las elecciones federales en el distrito XXII del D.F. Ese estudio dio cuenta de que una gran parte de los ciudadanos de las colonias depauperadas no sabían votar, que además de una gran apatía, había cansancio del partido de estado, pero que se temía votar en su contra. Las luchas económicas de las localidades se fueron tornando políticas y con repercusiones en lo electoral. Prevalecía una visión

<sup>2</sup> "La lucha popular en los municipios", en: *Cuadernos Políticos*, núm. 20, abril-junio de 1979, págs. 40-51.

<sup>3</sup> Jorge Alonso y Javier Saravia (coords.), *Estudios socioeconómico del Sur del Estado de Nuevo León*, CIAS, México, 1971.

del voto como valor intercambiable. Entre los opositores, hubo un gran desaliento por la no correspondencia entre el trabajo desplegado y los votos cosechados. No obstante, la mitad de los que votaron en ese distrito ya no lo hicieron por el PRI. Se analizó el espacio político que cambia y se intensifica dependiendo de coyunturas políticas, se estudiaron los nexos entre beneficios de tipo urbano y el voto, se hizo seguimiento de las figuras de los candidatos. El partido del estado triunfó, pero la voluntad de los ciudadanos no estaba necesariamente a su favor.<sup>4</sup>

Los primeros años de la década de los ochenta mostraron un gran empuje electoral en no pocas localidades de la República. Las interpretaciones antropológicas de las elecciones fueron aumentando. Se profundizó en la paradoja del gran abstencionismo que iba aparejado con no poca conflictividad en muchos municipios. La investigación antropológica arrojó datos que matizaban las estadísticas electorales. El auge electoral opositor en las elecciones municipales en Chihuahua mereció una atención especial.<sup>5</sup> Se investigó el desgaste del partido del estado, sus pugnas internas, la mala selección de sus candidatos. El partido oficial perdió legitimidad. Pero hubo reconstrucción de nuevos consensos y una recomposición electoral. Un PAN

modernizado y con proyecto dio salida al malestar. Se estudió la participación de la iglesia en la contienda electoral. En este contexto se analizó también la respuesta gubernamental al auge opositor municipal. Se volvió a los esquemas de fraude y negociación. Se ensayaron nuevas manipulaciones, y se hizo gala de dar premios y castigos a los partidos dependiendo de sus actitudes y actuaciones con respecto al partido del estado. Las protestas empezaron a ser más numerosas y persistentes.<sup>6</sup> Se privilegió la mirada desde el conflicto. Se estudiaron los nexos entre lo económico y lo político. Se destacó cómo el desarrollo en las localidades iba cambiando la composición de las élites y cómo cambiaba el peso de los sectores oficializados. Sobre todo entre ellos se entablaba una dura disputa por conseguir la nominación oficial. Lo electoral sólo sancionaba. Había temores de acogerse a siglas de partidos opositores por las represalias económicas para las localidades por parte del aparato estatal. Se estudiaron las luchas de facciones. Pero se abría también, propiciada por la reforma política, la lucha a través de los partidos. Lo electoral se hacía estrictamente arena de lucha por el poder local.<sup>7</sup>

El número 25 de *Nueva Antropología* (octubre de 1984) se dedicó, inte-

<sup>4</sup> Jorge Alonso, *Crepitar de banderas rojas*, Casa Chata, México, 1984; "Crónica de una campaña", en *Anales 1983*, Ciesas, México, 1983.

<sup>5</sup> Alberto Aziz, "La coyuntura de las elecciones en Chihuahua", en Carlos Martínez Assad (coord.), *Municipios en conflicto*, ISS-UNAM, G.V. Editores, México, 1985, págs. 75-132.

<sup>6</sup> Jorge Alonso, "El ensayo de una respuesta equivocada. Las elecciones locales de Aguascalientes en 1983", en Carlos Martínez Assad (coord.), *op. cit.*, págs. 133-202.

<sup>7</sup> J. Alonso, "Micropolítica electoral" en Pablo González Casanova (coord.), *Las elecciones en México, Evolución y perspectivas*, Siglo XXI, México, 1985, págs. 349-374.

gro, a examinar lo que se ubicó como presente y futuro electoral. Dicho número subrayó la importancia de las reformas delamadridistas al artículo 115 constitucional que colocado en el centro del debate la política municipal. Además de dar cuenta de lo que se había producido hasta entonces sobre cuestiones electorales en México a través de una amplia bibliografía elaborada por Elke Köppen, ese número acogió un artículo teórico y dos estudios de caso. El primero realizó una interpretación de la reforma política de 1977. Se hacía ver que se estaba transitando de un sistema unipartidista a uno de partido predominante. No había cambios profundos en la representación política, pero aparecía una dimensión en la lucha electoral que propiciaba nuevas arenas para la expresión de conflictos y de luchas de fuerzas sociales capaces de organizarse.<sup>8</sup> El primer caso trató de las peculiaridades de las elecciones locales en Oaxaca. La libertad municipal era inexistente. Había municipios en los que la selección de autoridades se hacía mediante el mecanismo de plebiscito comunitario, y el partido oficial aceptaba esa costumbre y la encuadraba bajo un ropaje electoral formal. Había otro tipo de municipios en donde había luchas y conflictos electorales, como era el caso del istmo. La reforma política para los municipios pobres había significado poco o nada. En los otros propiciaba que los problemas tuvieran cauces de

expresión. Como en todos los estudios antropológicos hasta entonces se destacaba que la lucha entre los grupos se debía estudiar a la luz de la formación regional del poder.<sup>9</sup> Otro era el caso del triunfo panista en Zamora, y la lucha electoral en Michoacán bajo la gubernatura de Cuauhtémoc Cárdenas. Se examinó la distribución del poder político a través de los partidos contendientes en el proceso de elecciones municipales. Se estudió cómo se estructuraba y evolucionaba el campo político regional en sus relaciones con el poder económico y con la estructura social de la región. Iban aumentando las elecciones locales competidas en donde los cacicazgos tradicionales se desestructuraban por los cambios económicos y sociales. Pero había regiones en donde los cacicazgos seguían siendo funcionales y esto se reflejaba en los procesos electorales. No obstante, los partidos opositores capitalizaban las rupturas del poder tradicional. Persistía la negociación ante auges electorales. El Estado se seguía reservando el privilegio de decidir sobre la capacidad que tendrían las elecciones sobre la distribución del poder local. Había franjas de votantes que conquistaban libertad de elección, pero el voto en su inmensa mayoría no era libre.<sup>10</sup> Los coordinadores de este número de la revista creían que así como iba creciendo el

<sup>8</sup> Silvia Gómez Tagle, "Estado y reforma política en México: interpretaciones alternativas", en *Nueva Antropología*, núm. 25, octubre de 1984, págs. 5-42.

<sup>9</sup> Moisés Jaime Bailón, "Elecciones locales en Oaxaca en 1980", en *Nueva Antropología*, núm. 25, octubre 1984, págs. 67-98.

<sup>10</sup> Jesús Tapia, "Elecciones locales en Michoacán en 1983", en *Nueva Antropología*, núm. 25, octubre 1984, págs. 125-164.

número de antropólogos y antropólogas que se inclinaban por estudiar procesos electorales locales, el interés por este tipo de investigaciones era también amplio. La realidad era otra. Ese número tuvo menos aceptación que los temas tradicionales en la antropología. No obstante, con el incremento de los problemas electorales en los ochentas fue aumentando la necesidad por entender esos fenómenos.

La organización autónoma y combativa de los juchitecos en la disputa de su municipio propició una buena cantidad de estudios al respecto. La identidad étnica jugó un papel primordial en este reclamo municipalista. Adriana López Monjardín, no sólo profundizó en este caso sino que amplió su primera incursión sobre las luchas electorales por los municipios.<sup>11</sup> Para las elecciones federales de mediados de esa década se produjeron varias convergencias electorales entre organizaciones de izquierda. La revista dio cabida a sus planteamientos, que demandaban elecciones limpias, respeto al voto ciudadano, reformar la legislación electoral para que la proporcionalidad llegara a todos los niveles de lo electoral. También se reclamaba que a los ciudadanos del D.F. se les restituyeran sus derechos plenos para que pudieran elegir autoridades locales.<sup>12</sup> Además, procesos electorales en otras partes de latinoamérica fueron objeto de tratamiento.<sup>13</sup>

<sup>11</sup> Adriana López Monjardín, *La lucha por los ayuntamientos: una utopía viable*, Siglo XXI, México, 1986.

<sup>12</sup> Documentos del PRT y otras agrupaciones por una parte, y del PSUM, PMT, UIC y PPS, por otra en el número 27 de *Nueva Antropología*, julio de 1985.

Para esa época, Silvia Gómez Tagle ya había iniciado una ambiciosa investigación para su tesis doctoral sobre las elecciones de la reforma política. Como un primer subproducto a finales de 1986 publicó un artículo que centraba la atención sobre el significado del fraude electoral. Se emprendía una tarea de dar cuenta del conflicto y del fraude electoral en las elecciones de diputados federales. Contextualizando las diversas concepciones acerca de la democracia, se analizaron las características de las elecciones mexicanas en las que o no había competitividad, o ésta era poca y localizada. Se estudió cómo se concatenaban fraude, conflictos y negociación en torno a lo electoral. El único partido que entonces daba muestras de tener mayor capacidad competitiva era el PAN. Las elecciones mexicanas lejos estaban de ajustarse a las exigencias de la democracia formal; su legitimidad había que buscarla en la relación estado-clases sociales en donde las alternativas para las fuerzas sociales emergentes habían sido múltiples y variadas en México. Lo que resaltaba era que el campo electoral se estaba tornando cada vez más conflictivo y que las alternativas de participación se habían ido cerrando a causa de la crisis económica. Por otra parte la mayor organización de fuerzas políticas pugnaba por representatividad política. El caso de las elecciones locales chihuahuenses de

<sup>13</sup> J. Alonso "Una mirada a las elecciones en Nicaragua", en *Nueva Antropología*, núm. 27, julio de 1985, págs.99-110.

1986 eran un claro ejemplo de la relación fraude conflicto que se profundizaba ante la cerrazón del régimen. Las reformas electorales habían abierto algunas zonas, pero otras las iban vedando. La exigencia de una forma electoral distinta, verdaderamente democrática empezaba a ser una demanda ya no sólo de algunos grupos sino de grandes sectores sociales.<sup>14</sup> También en esa época Roberto Varela rescató su trabajo de campo de la década anterior para repensarlo a la luz de lo que se empezaba a denominar democracia emergente.<sup>15</sup>

El estudio de Gómez Tagle, que ya no se circunscribía a una localidad o a una sola experiencia amplió también la perspectiva en diversos antropólogos para estudiar fenómenos electorales. Así, me propuse dar cuenta de lo que había pasado en las elecciones federales y locales en Jalisco, encuadrando el diverso comportamiento electoral en las diversas zonas regionales de esa entidad, configuradas económica y socialmente. Lo electoral no quedó en lo puntual de esa coyuntura. Se le trató de entender en toda una dinámica electoral de varios años, en los que se profundizaba en las fechas electorales de la reforma política de 1977, pero se rastreaban comportamientos anteriores. De esta manera se combinaban análisis regionales, de con-

formación y cambio de oligarquías regionales con configuraciones partidarias de nuevo corte. Se estudiaron las protestas electorales desde la óptica de nuevos movimientos civiles y la lucha por la hegemonía. Se estudió que más allá de los elementos individuales del voto había una lógica colectiva del mismo. Todas estas interpretaciones dieron cuenta de los grandes obstáculos para la democracia por la persistencia y supremacía de un partido de estado. Se indagó también hasta qué grado los factores económicos incidían en el voto.<sup>16</sup> También se constituyeron equipos de antropólogos que a través de largos trabajos de campo ofrecían un panorama de los cambios electorales en regiones como Los Altos de Jalisco. Ahí había venido creciendo la opción del sinarquista PDM. Las luchas locales se hacían fuertes y duraderas. Las oligarquías regionales eran puestas en cuestión. Se dio cuenta del variado comportamiento electoral en los principales municipios alteños, y se profundizó en el significado del combate electoral de una opción denominada *plebeya*, la pedemista. Se analizó un movimiento cívico electoral que se oponía a la tradicional dominación oligárquica regional.<sup>17</sup>

Investigaciones antropológicas se preocuparon por entender la actuación de un actor específico que parti-

<sup>14</sup> Silvia Gómez Tagle, "Democracia y poder político en México: el significado de los fraudes electorales en 1979, 1982 y 1985", en *Nueva Antropología*, núm. 31, diciembre de 1986, págs. 127-157.

<sup>15</sup> Roberto Varela, "Democracia emergente y estructuras de poder en el Estado de Morelos", en *Nueva Antropología*, núm. 31, diciembre de 1986, págs. 48-62.

<sup>16</sup> J. Alonso, *Elecciones en tiempos de crisis*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1987.

<sup>17</sup> Rafael Alarcón, et. al. "Las debilidades del poder. Oligarquía y opciones políticas en los Altos de Jalisco", en J. Alonso y J. García de Quevedo (coords.) *Política y religión: los Altos de Jalisco*, CIESAS, México, 1990, págs. 125-223.

ció de forma decisiva en procesos electorales conflictivos: la iglesia católica. Así, a través de largos períodos de trabajo de campo se explicó lo que había sucedido en los casos de la iglesia chihuahuense a propósito de la coyuntura electoral de los ochentas y la del istmo de Tehuantepec. Se estudió la actuación eclesial en el contexto de los conflictos políticos en ámbitos regionales específicos. Se hicieron comparaciones entre ambos casos. También esta investigación encuadró todo ese acontecer desde la temática de los nuevos movimientos sociales. La iglesia local levantó su voz y su acción en contra de la arbitrariedad del estado que imponía opciones a través de fraudes electorales. Se vio que estas iglesias no buscaban poder sino legitimidad. Pero desde el mismo poder, a través del estado mexicano y la jerarquía romana, se suscitaron conflictos intereclesiales.<sup>18</sup>

Las elecciones federales de 1988 marcaron una ruptura con los procesos anteriores. Se evidenció que el PRI era vencible a nivel nacional en una contienda presidencial. El fraude fue enorme, y también la protesta. Se configuró una fuerza alternativa electoral. A partir de ese fenómeno las elecciones empezaron a ser estudiadas por muchos científicos sociales desde distintas perspectivas. Los antropólogos, desde sus constataciones de trabajo de campo, prosiguieron también en extensión preocupándose por describir y analizar lo que acaecía en torno a lo

electoral. Los estudios se hicieron más multidisciplinarios. Ópticas de unas disciplinas pasaron a otras. Un abordaje, propio de la ciencia política, pero deudor de apreciaciones y terminologías antropológicas ganó terreno: el de la cultura política. Así, casi un año después de la conmoción electoral neocardenista, la revista publicó un artículo que trataba de entender los efectos de las elecciones de 1988 sobre la cultura política de los ciudadanos mexicanos. El fraude masivo y descarado, la falta de credibilidad en los resultados, el deterioro de lo económico y de lo político habían trastocado todo el escenario mexicano. Los antropólogos venían detectando casos electorales fraudulentos, se había ensayado un análisis que diera cuenta de esto en las elecciones de diputados federales, pero en 1988 el fraude había arrebatado la posibilidad de una presidencia que emergiera no del partido del estado. Ya no se hablaba de sectores sociales específicos ni de grupos de poder locales. Se trataba de toda la nación y de la elección de mayor peso político. Los sujetos analizados lo eran en su calidad de ciudadanos. Se examinaba el voto priísta desde una variedad de posibilidades marcadas por distintos tintes de una cultura política autoritaria y clientelista.<sup>19</sup> En esta línea estuvieron también dos artículos aparecidos al siguiente año. Uno recalca que después del 88 la izquierda mexicana se encontraba en

<sup>18</sup> Víctor Gabriel Muro, *Iglesia y movimientos sociales*, El Colegio de Michoacán, Zamora, 1994.

<sup>19</sup> José Antonio Crespo, "La cultura política después del 6 de julio", en *Nueva Antropología*, núm. 35, junio de 1989, págs. 29-38.

la exigencia de modificar viejos hábitos y prejuicios en torno a lo electoral. Otro trataba de entender un proceso local desde la perspectiva que se había abierto con los estudios de cultura política después de 1988. La oposición crecía así como la importancia de su voto. Había una pugna entre una cultura tradicional propia del partido del estado y una emergente, nueva, que exigía participación y respeto a sus logros.<sup>20</sup> Haciendo intervenir elementos del análisis simbólico Larissa Adler Lomnitz, Claudio Lomnitz e Ilya Adler emprendieron un abordaje etnográfico de la campaña presidencial priísta. Destacaron que en la política mexicana no había hechos sino interpretaciones. Vieron en los actos de campaña la expresión de conflictos, alianzas y soluciones de problemas de manera simbólica. Sacaron a flote cómo se iba construyendo un sistema de representación basado en una negociación que se había institucionalizado al margen del marco estrictamente legal.<sup>21</sup> En esta época Krotz intentó una síntesis de los avances en la antropología y los estudios de cultura política y elecciones. Señaló que en varios de los escritos de los antropólogos que trataban lo electoral no se percibían elementos teóricos o metodológicos típicos de la tradición

antropológica; aunque reconoció que existían transgresiones disciplinarias que enriquecían a la antropología. También apuntó que hablar de cultura política era entrar a un terreno propio de los tratamientos antropológicos. Aunque había grandes limitaciones para intentar un estudio de la cultura política mexicana a partir de los datos electorales, (en lo cual tenía razón), eso no era precisamente lo que hacían los antropólogos, los cuales cuestionaban dichos datos precisamente por su experiencia de trabajo de campo. Krotz también enfatizó que el esfuerzo por entender la situación política mexicana no podía ser coto de alguna disciplina, sino que implicaba la intervención de muchas de ellas.<sup>22</sup>

A raíz de los conflictos postelectorales de 1988 se hicieron varios estudios sobre la izquierda mexicana. Se enfatizaba que la cultura política de esa izquierda había privilegiado una visión acrítica de los movimientos de masas y que lo electoral sólo lo había aceptado como un espacio agitativo de acumulación de fuerzas, que no había cuidado en calibrar las instituciones políticas y que había desprecio por lo electoral. Varias de estas críticas eran verdaderas, pero no en toda la izquierda sino en distintas vertientes de la misma. Es decir, el cúmulo de defectos era un buen recuento, pero no todos los grupos de esa izquierda los acumulaban simultáneamente. Hubo estudios que destacaron cómo

<sup>20</sup> Roberto Gutiérrez, "La izquierda en movimiento. 1982-1989 hacia una evolución de su cultura política?"; y Pablo E. Vargas, "Cultura política y elecciones en Hidalgo", en *Nueva Antropología*, núm. 38, octubre de 1990, págs. 109-119 y 131-145.

<sup>21</sup> Larissa Adler L., Claudio Lomnitz, Ilya Adler, "El fondo de la forma: la campaña presidencial del PRI en 1988", en *Nueva Antropología*, núm. 38, octubre de 1990, págs. 45-82.

<sup>22</sup> E. Krotz, "Antropología, elecciones y cultura política" en *Nueva Antropología*, núm. 38, octubre de 1990, págs. 9-19.

hubo grupos de la izquierda que valoraron las coyunturas electorales, que veían las campañas como una situación oportuna para la educación popular y para hacer avanzar demandas añejas como el reconocimiento electoral de la misma izquierda y avances en la legislación en torno a una proporcionalidad lo más apegada a la expresión de los votantes. También participaron en críticas fundadas a elementos de la cultura política como la del *tapadismo*. Entre esas agrupaciones hubo una crítica sistemática en contra de lo que denominaron *democracia dirigida*, analizaron periódicamente las implicaciones del abstencionismo electoral y se esforzaron por constituir una opción electoral que aprovechó los espacios de la reforma política.<sup>23</sup> Debido a la violencia ejercida desde el mismo estado en contra del neocardenismo, el cual fue sufriendo cada vez más asesinatos políticos, y a que la violencia fue elemento básico de la propaganda salinista para desprestigiar y restar influencia al neocardenismo, ese tema también fue objeto de investigación. Mientras la nueva tendencia política estaba poniendo y cargando con los muertos, una orquestada campaña de medios masivos la pintaba

---

<sup>23</sup> Se puede ver la actuación de los militares del Partido Obrero-Campesino Mexicano, sobre todo durante la década de los años cincuenta. Posteriormente ya como movimiento (MAUS) participaron con varios partidos de izquierda para ampliar las posibilidades electores de una ciudadanía que veían que no podía ser circunscrita en las siglas de los partidos tradicionales. Cfr. J. Alonso, *En busca de la convergencia*, Casa Chata, México, 1990; y *Por una alternativa a la inequidad*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1995.

como la causante de la violencia política cuando Cárdenas siempre fue enfático en el seguimiento de las vías legales. Zonas de influencia neocardenista fueron escenario de choques y duros enfrentamientos políticos. La violencia política en torno a disputas electorales se convirtió en una cuestión que debía ser indagada. Se estudiaron sobre todo los casos de Michoacán y Guerrero en las coyunturas electorales de 1989 y 1990. Dentro de la tradición de tratar los procesos electorales en el contexto de la formación y cambio del poder regional se vio que la competencia electoral crecía conforme aumentaba la crisis de los mecanismos tradicionales de control y se levantaban luchas entre diversas élites políticas. El partido de estado iba dejando de ser arena en donde se podían resolver tales contradicciones. Fueron analizados los movimientos municipalistas. Ante los quiebres de poderes tradicionales y su recomposición ha ido naciendo y consolidándose una tendencia que reclama una auténtica democratización local.<sup>24</sup> El trastocamiento electoral de 1988 dinamizó de nueva cuenta los procesos electorales locales. No pocos antropólogos y antropólogas estuvieron atentos al desarrollo de esos comicios. Así se analizó el triunfo panista en el municipio de Mérida en 1990. Había sido la primera fuerza, no reconocida en

---

<sup>24</sup> Marco Antonio Calderón, *Violencia política y elecciones municipales*, El Colegio de Michoacán, Zamora, 1994; "Elecciones municipales y conflictos en Michoacán y Guerrero", en J. Alonso y J. Tamayo (coords.) *Elecciones con alternativas*, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, México, 1994, págs. 124-147.

1967. Ahora ya no se le pudo escatimar al blanquiazul el triunfo. La investigación de este caso no descuidó contextualizar lo que sucedía en lo económico y social. Dio cuenta de la estructura de los grupos de poder y el perfil de los partidos contendientes. Otro actor de suma importancia ha sido tratado: la prensa ante las campañas electorales. Se ha ido profundizando, como en otros estudios de este tipo, la naturaleza del sentimiento regionalista que participa de modo muy relevante en coyunturas electorales.<sup>25</sup>

Las nuevas temáticas, las discusiones sobre conceptualizaciones y sobre metodologías entre diversos analistas sociales influyeron en los acercamientos que cada día más antropólogos y antropólogas han venido haciendo de los procesos electorales locales. Se ha mantenido la tónica de entender los cambios económicos y políticos en diversas regiones del país, y la repercusión de éstos en las dinámicas electorales competidas. Ha seguido el análisis de la especificidad de la dominación regional en diversas entidades. Prosigue el estudio de las elecciones dentro del contexto de procesos de desarrollo y conflicto regional. Se han hecho tratamientos municipalistas. Se ha avanzado en la intelección de la vinculación de las demandas sociales y políticas encuadradas en lo concerniente a los movimientos regionalistas. Se ha profundizado en las implicaciones políticas de las conver-

gencias opositoras. Se ha ido constatando que no todo apunta hacia un futuro democrático promisorio, que han sobrevenido decaimientos y retrocesos, que es muy largo y arduo el camino de la democratización local. Lo electoral ha permitido percibir mejor al sistema político. Se ha captado que el fraude no es la persistencia de viejas mañas, sino que adquiere modificaciones en el contexto de una nueva ofensiva de recuperación regional por parte del partido de estado. Los estudios electorales han demostrado por qué se han producido las derrotas del PRI en diversas entidades del país, y cómo han ido surgiendo pujantes actores políticos de nuevo cuño aunque amparados bajo siglas partidarias tradicionales. Se ha ido descubriendo la conformación de una insurgencia electoral.<sup>26</sup>

El salinismo tuvo tres años de poder omnímodo para tratar de sacarse la espina de ilegitimidad. En esta forma, fincado en un programa de paliativos sociales y de manipulación electoral, sobre todo el PRONASOL, y reestructurando con recursos estatales la organización territorial del partido de estado, preparó cuidadosamente las elecciones federales de

<sup>25</sup> Efraim Eric Poot, "Por segunda ocasión Mérida se tiñó de azul", en J. Alonso y J. Tamayo (coords.), *Elecciones con alternativas*, CIIH-UNAM, México, 1994, págs. 185-208.

<sup>26</sup> Moisés J. Bailón "Sistema de dominio regional y juntas de administración municipal en Oaxaca", págs. 35-46; Xóchitl Leyva, "Región, poder y elecciones estructurales de poder y proceso electoral de 1988 en la región centro-norte de Michoacán, págs. 129-151; Pablo E. Vargas, "La insurgencia en las elecciones municipales de 1984 y 1987 en el estado de Hidalgo", págs. 47-62; J. Alonso, "Jalisco 1988: auge y desencanto electoral", págs. 85-114, todos estos artículos en J. Alonso y Silvia Gómez Tagle (coords.), *Insurgencia democrática: las elecciones locales*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1991.

1991 para conseguir la recuperación electoral del PRI. El análisis de este evento no estuvo ausente en las páginas de *Nueva Antropología*. Se hizo ver cómo los observadores electorales se habían quedado con grandes dudas sobre la validez de esas elecciones.<sup>27</sup> Posteriormente, Silvia Gómez Tagle preparó un libro colectivo en el que, examinando lo acaecido en las principales entidades federativas, dio cuenta del conjunto de esos comicios federales. Esta publicación se adentró en las reformas constitucionales y en los cambios de la legislación electoral; ubicó la elección en la coyuntura del desarrollo del país; amplió la discusión sobre uno de los temas políticos más recurrentes: el de la insistencia en la transición mexicana a la democracia. Silvia Gómez Tagle relacionó la actuación de cada uno de los partidos con la estructura del poder. Hizo ver cómo se redefinió el control electoral por parte del gobierno ante la crisis y agotamiento de un modelo económico sostenido en la propaganda y que a la postre habría de caer. Si antes, en este tipo de proyectos colectivos se dejaba al arbitrio de cada coautor la manera de tratar cada caso, esta vez la coordinadora fue cuidadosa en diseñar un proyecto de investigación bien sistematizado que permitió el que se tocaran por cada entidad cada uno de los elementos indispensables, con lo que la comparación se pudo realizar con rigor. De esta forma se fue dando

cuenta del contexto político local, de los candidatos, de las campañas, de las plataformas, del padrón, de la geografía electoral, de la integración y funcionamiento de los organismos electorales, de la jornada electoral, de los resultados, de las impugnaciones, de las irregularidades, etc. Además de que el mismo diseño de la investigación colectiva requería una observación etnográfica precisa y detallada, en el conjunto multidisciplinario hubo tratamientos que manifestaban una formación específicamente antropológica en los casos de Hidalgo, Jalisco, Yucatán y Distrito Federal.<sup>28</sup> Se realizaron otros estudios regionales de dichas elecciones por antropólogos y antropólogas en los que además del proceso federal se seguían examinando las transformaciones que se iban suscitando en las elecciones locales y se les daba un tratamiento de dimensión de largo alcance para poder calibrar los cambios. Se fue apreciando cómo lo electoral fue transitando de un confinamiento ritual a una lucha real por el poder municipal y aun de los gobiernos de los estados. Se fueron tipificando los fraudes necesarios para el poder constituido, los llamados patrióticos y los rutinarios. Se encuadraron en el esquema corporativo del estado mexicano. Se vio cómo el rejuego local de hacía años fue cediendo el paso a los controles centralistas, para que una nueva confrontación lo-

<sup>27</sup> Jaime González Graf, "A la búsqueda de la realidad en las elecciones federales de 1991: un ejercicio de imaginación política", en *Nueva Antropología*, núm. 41, marzo de 1992, págs. 59-81.

<sup>28</sup> Esos casos fueron tratados respectivamente por Pablo Vargas, J. Alonso, Efraín Eric Poot y Silvia Gómez Tagle. Cfr. Silvia Gómez Tagle (coord.), *Las elecciones de 1991. La recuperación oficial*, G.V. Editores-La Jornada, México, 1993.

calista se fuera instaurando. Se fue calibrando el peso de los grupos y la utilización que iban haciendo de los partidos, y el condicionamiento que iba teniendo de estos mismos. Se constató que el reclamo democratizador había hecho pasar de auge priísta federal de 1991 a descalabros importantes en fechas posteriores. Se fue utilizando el marco que ya había manifestado sus bondades explicativas implementado en la investigación colectiva dirigida pro Gómez Tagle para el caso de 1991. Se analizó la legitimidad cuestionada del régimen, se fue destacando el papel de importantes actores como los medios masivos de comunicación, y sectores muy activos del empresariado. Se correlacionó cómo influía la imagen de la situación económica y el ánimo de los electores. Ante la remodelación del autoritarismo se erigían focos de protesta democratizadores. La lucha electoral cobrada fuerza y nuevas dimensiones.<sup>29</sup>

Después de una paciente y original labor de investigación Silvia Gómez Tagle culminó en el Programa de Doctorado del CIESAS su tesis titulada *Representatividad y legitimidad de las elecciones federales en México de 1961 a 1991*. Como hasta los últimos tiempos las elecciones ya están sirviendo para que los ciudadanos elijan a sus gobernantes, y antes sólo se trataba de un rito que sancionaba las decisiones desde el poder del partido de estado, las cifras electorales bien establecidas no habían sido una cuestión que impor-

tara mucho. En esa forma no había series estadísticas que dieran cuenta de los procesos en largos períodos. Además, los datos electorales se ocultaban como secreto de estado, porque contenían elementos que exponían las maniobras desde el poder. Una de las más importantes tareas que realizó Silvia Gómez Tagle fue un paciente rescate de las cifras federales que publicó a principios de la década de los noventa. Resaltó el significado político de las estadísticas electorales como condición técnica de la democracia política. Con esto ofreció un imprescindible instrumento para realizar estudios de geografía electoral, para poder adentrarse en el abstencionismo y la participación, y para poder establecer la consolidación o decaimiento de los partidos políticos.<sup>30</sup> Gómez Tagle profundizó en las implicaciones de la legitimidad en los procesos electorales federales de 1979 a 1991 contextualizando el comportamiento electoral desde principios de la década de los sesenta. Analizó la fragilidad de la democracia mexicana y desentrañó los problemas y las posibilidades de la alternancia. Realizó un profundo estudio sobre la pérdida de credibilidad en las instituciones políticas por una parte, y en la transformación de los actores por otra. Dio cuenta del desgaste de la tradición electoral del partido de estado. Mostró cómo las elecciones han ido significando socialmente, cómo los movimientos van en-

<sup>29</sup> J. Alonso, *El rito electoral en Jalisco (1940-1992)*, CIESAS-El colegio de Jalisco, Guadalajara, 1993.

<sup>30</sup> Silvia Gómez Tagle, *Las estadísticas electorales de la Reforma Política*, El Colegio de México, México, 1990.

contrando en los partidos y en las elecciones medios de lucha. Ha habido persistencia e intensidad en los conflictos electorales, pero últimamente los partidos opositores han encontrado una ciudadanía dispuesta a darles fuerza política. La tesis analizó de manera profunda la larga tradición de la alquimia y fraude en el país, y distinguió sus elementos y sus implicaciones. Apoyada en un minucioso trabajo de campo la autora fue testigo de los problemas y conflictos en la calificación electoral de 1988. Tipificó los conflictos y sus soluciones. Investigó cómo se dio y lo que implicó la llamada caída del sistema en las elecciones de ese año. Hizo ver cómo el fraude no es una irregularidad en el sistema político mexicano sino una condición estructural que obliga al gobierno a mantener una imagen democrática formal y una realidad en la que el resultado de los comicios no se deja a la voluntad de los ciudadanos. Esta investigación también fue calibrando los cambios en materia electoral durante el sexenio de Salinas. La autora ensayó varios escenarios para elecciones subsiguientes. Constató que para cambiar el régimen de un partido predominante a uno democrático se requiere un esfuerzo adicional de la ciudadanía.<sup>31</sup>

Los antropólogos y las antropólogas han ido describiendo y analizando lo electoral mexicano en todos sus niveles. Siguen proliferando los estudios de caso y de corte regional. La insurgencia electoral de finales de los ochentas se ha convertido en elecciones

que permiten la alternancia en municipios de importancia y en entidades federativas. Regiones anteriormente coto priísta van viendo aumentar la presencia e importancia de sectores opositores. Los antropólogos y las antropólogas han sido cuidadosos en diferenciar el comportamiento electoral en las ciudades y en el agro.<sup>32</sup> Otra tesis de doctorado escrita por un antropólogo es la de Luis Miguel Rionda quien destacó el caso guanajuatense, desde el gobierno del panista Medina, producto de una negociación a raíz de una controversia electoral, hasta el triunfo contundente de Fox. Esta investigación contextualizó la situación económica del bajío y se adentró en la formación y pugnas de los grupos políticos en la entidad. Profundizó en la emergencia de los nuevos grupos que a través del PAN han llegado al gobierno del estado. Caracterizó la transformación de la élites económicas y políticas locales. Trató también las dificultades y posibilidades del PRI como oposición local. Calibró lo que está implicando el bipartidismo en el ámbito de Guanajuato. Descubrió cómo se ha ido la convivencia forzada de dos tendencias políticas, presentó los pormenores de la construcción de una reforma política local y de la competencia electoral. Investigó acuciosamente el comportamiento pendular

cana, G.V. Editores, México, 1993; *De la alquimia al fraude. Las elecciones mexicanas*, G.V. Editores, México, 1994.

<sup>32</sup> Mariano Báez y Luis A. Pérez González, "Veracruz: la modernización truncada. Elecciones locales en Veracruz 1988-1992", en J. Alonso y J. Tamayo (coords.), *Elecciones con alternativas*, CIIH-UNAM- *La Jornada*, México, 1994, págs. 229-263.

<sup>31</sup> Silvia Gómez Tagle, *La frágil democracia mexi-*

del electorado guanajuatense en los últimos años en el que han influido tanto la crisis económica nacional como el peso de determinadas candidaturas.<sup>33</sup>

El tema de la cultura política ha seguido siendo parte importante en los estudios electorales realizados por antropólogos y antropólogas. Se han visto específicamente cómo la cultura política se gesta y cambia en cada uno de los sectores sociales. Así, se han destacado las razones por las que los campesinos en 1991 votaron por el partido de estado atendiendo a beneficios tangibles e inmediatos y no precisamente respondiendo a programas partidarios. Hubo también lealtades de grupo coaccionadas. No obstante, en los niveles municipales ha crecido la lucha electoral. Se han producido luchas campesinas pòstelectorales de tal magnitud que han llegado a desplazar a gobernadores de sus puestos. Se ha advertido que se equivocaría quien preconizara que la cultura polí-

tica de los campesinos es sólo localista y que no tiene alcances nacionales.<sup>34</sup> En un esfuerzo interpretativo del comportamiento electoral de los indígenas y de sus valoraciones, se han rastreado procesos de destrucción, confinamiento y dominación, producto de diferentes sectores presentes desde el período colonial, que han ido determinando el presente de las comunidades indígenas. La lucha por liberarse de los caciquismos y de los grupos que se benefician de las costumbres y tradiciones indígenas no se dan en términos ortodoxos. Entre los indígenas se ha manifestado electoralmente un apoyo amplio al PRI, pero no significa necesariamente una incondicionalidad o ausencia de conflictos. El control ha ido sufriendo rupturas.<sup>35</sup> En ciudades medias el PRI ha intentado seguir manipulando los ayuntamientos. Pero es precisamente en éstas donde va perdiendo rápidamente hegemonía. Movilizaciones ante coyunturas (como fueron las que se propiciaron ante el sismo en Ciudad Guzmán) han ido infundiendo en no pocos sectores la confianza en las posibilidades de participación. Aunque esta se ha incrementado, también hay períodos de decaimiento. Las nuevas coyunturas electorales han propiciado que el entusiasmo opositor vuelva a resurgir.<sup>36</sup> Se ha ido corre-

<sup>33</sup> Luis Miguel Rionda, *Guanajuato: democracia de laboratorio*, Tesis en el programa doctoral en Ciencias Sociales con especialidad en Antropología Social del CIESAS y de la Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1996. Conviene también revisar el artículo de Luis Miguel Rionda, "El voto del hastazgo: las elecciones de gobernador en Guanajuato", en *El Cotidiano*, núm. 75, marzo-abril de 1996: 25-34, en donde se analizan las elecciones extraordinarias de mayo de 1995. Se destaca el fenómeno del péndulo electoral atribuido a una maduración del electorado. También en ese mismo número de la referida revista se encuentra otro artículo de dos estudiantes de la Maestría en Antropología Social de la Facultad de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán, Marianela Aguilar y Milagros Herrero, quienes escribieron sobre "Yucatán 95: elecciones en un contexto de transición", págs. 35-44, en donde dan cuenta de la competitividad y de la emergencia de un electorado más exigente y participativo.

<sup>34</sup> Adriana López Monjardin, *Los campesinos y la política*, Tesis de maestría, ENAH, México, 1990; "La cultura política de los campesinos", en J. Alonso (coord.), *Cultura política y educación cívica*, CIIH-UNAM, 1994, págs. 223-257.

<sup>35</sup> Héctor Tejera, "Indígenas y cultura política: democracia y participación en las regiones étnicas de México", en J. Alonso, *op. cit.* Págs. 259-339.

lacionando cultura política, tendencias electorales y prácticas religiosas.<sup>37</sup>

Los cambios que se han ido introduciendo en las contiendas electorales últimas como han sido la ciudadanía de organismos electorales también han sido objeto de estudio desde perspectivas antropológicas. Así, a través de una observación participante durante medio año, se analizó el comportamiento y la influencia que tuvo en la democratización de las elecciones locales en Jalisco el Consejo Electoral de esa entidad. En el triunfo panista jalisciense contribuyeron los agravios percibidos por la ciudadanía de parte del poder priísta. El repudio hacia el agravamiento de la crisis económica también influyó en el comportamiento electoral.<sup>38</sup> Otro de los temas que se ha discutido últimamente ha sido que la democratización del país será muy difícil y efímera si no hay una sólida cultura democrática que se vaya expresando en las bases mismas de la sociedad.<sup>39</sup>

Cuando el tema de lo electoral era poco atendido por los estudiosos y estudiosas sociales, había ya un tratamiento de esa problemática desde la óptica antropológica. Desde que la realidad impuso ese objeto de estudio,

---

<sup>36</sup> Guillermo de la Peña y René de la Torre, "Pastoral social y organización popular en Jalisco. Dos estudios de caso", en J. Alonso (coord.), *op.cit.*, pp. 371-395.

<sup>37</sup> Patricia Fortuny, "Cultura política entre los protestantes en México", en J. Alonso (coord.), *op.cit.* pp. 397-424.

<sup>38</sup> J. Alonso, *El cambio en Jalisco*, CIESAS-Universidad de Guadalajara, CEEJ, Guadalajara, 1995; J. Alonso, "La victoria panista en Jalisco", en *Ciudades*, núm. 30, abril-junio de 1996: 39-44.

la antropología no sólo ha participado en la discusión teórica y metodológica sino que ha hecho aportes importantes. Antes se tocaba lo electoral porque en varios trabajos de campo surgía como parte destacada de la agenda local. Ahora, dado el proceso de amplia exigencia de democracia por todo el país y de auge de alternativas, las cuestiones electorales emergen en no pocos de los objetos de estudio de la antropología política. Ciertamente el estudio de lo electoral demanda la multidisciplinariedad. Los antropólogos y las antropólogas participan en esto. Al haberse privilegiado el estudio de la cultura, la antropología ha dinamizado no pocas investigaciones sobre comportamiento electoral. Observadores participantes, los antropólogos y las antropólogas establecen relaciones con quienes participan en los fenómenos que estudian, y esto los coloca en disputas políticas. Contribuyen en la construcción de tradiciones específicas en las reconstrucciones del pasado con las presiones contemporáneas. Contribuyen en la construcción de la abstracción de la cultura, interpretan símbolos, significados, valores y costumbres en torno a lo electoral. De esta forma sitúan comicios que se han circunscrito a ámbitos de lo ritual y mítico, y distinguen lo instrumental de lo simbólico. Los enfoques antropológicos irradian hacia los análisis políticos. Descubren las reglas para las situaciones concretas y perfilan las re-

---

<sup>39</sup> J. Alonso, "Construir la democracia desde abajo", en *Nueva Antropología*, núm. 48, julio de 1995, págs. 67-82.

laciones que se establecen en cada uno de los grupos participantes. Privilegian un trabajo de campo que los obliga a combinar la sincronía con la diacronía y a tratar de entender los cambios y los procesos. Sus descripciones se alinean en las formas etnográficas. Una de las discusiones clásicas en la antropología es la cuestión *del otro*. En lo electoral ¿cómo puede darse eso si el investigador es un ciudadano inmerso también en contiendas electorales y con afectos y desafectos acerca de determinados partidos? Esto sobre todo cuando el trabajo no es sobre una región concreta, o un grupo partidario específico, sino acerca de todo un proceso que corresponde a una entidad federativa o un proceso nacional. Se podría apelar a la distancia del investigador. No obstante, la clave radica en que sin sacrificar sus compromisos cívicos y políticos, los antropólogos y las antropólogas pretenden dar cuenta de una dimensión y hacerla inteligible a quienes son los destinatarios de sus estudios. Intentan presentar en su especificidad a cada uno de los actores que conjugan otredades que, a su vez, configuran una gran pluralidad. Más allá de marcos comunes, hay intelecciones, adaptaciones y actuaciones que muestran una enorme diversidad. Además, existe una tensa relación entre la lógica del actor, del observador, y del lector. Más allá de la descripción y de la explicación se encuentra el esfuerzo antropológico de la comprensión. Existe también un debate teórico acerca de las categorías que estructuran lo democrático. Se ponen a prueba las categorías esta-

blecidas y se pretende, dando cuenta de lo específico, de lo investigado, corregir y aún ir más allá de las conceptualizaciones en voga. Otra cuestión que tiene que ver con lo específico de la investigación antropológica cuando se trata lo electoral es que existe una dimensión que permite la comparabilidad de casos. Se trata de sacar a flote un conjunto de reglas de comportamiento de cara a normatividades jurídicas, y los márgenes de manipulación de estas últimas. Los estudios van dando cuenta del mismo sistema político y sus contradicciones y conflictos. Hay una percepción especial entre los antropólogos y las antropólogas para captar, describir y hacer inteligibles los conflictos que se suscitan en torno a lo electoral y las formas como éstos se van resolviendo o profundizando. Ante las situaciones conflictivas se calibran las diversas posiciones y actitudes de los grupos implicados. Hay cuantificaciones dentro de un énfasis por la cualificación. Se trasponen los límites de análisis procesualistas en tal forma que no se establece la primacía del equilibrio, ni los estudios electorales se reducen a presentar enfrentamientos puntuales; sino que a partir de los acontecimientos particulares se penetra en la conflictualidad social mayor. Los enfoques tampoco se quedan en ubicar posiciones de actores, sino que se llega a ver la latencia del conflicto hasta en dimensiones de carácter clasista y de diseño y disputa por la nación. Las investigaciones electorales de los antropólogos y las antropólogas han permitido ampliar el conocimiento de la realidad nacio-

nal. Han destacado lo simbólico de la lucha política, han permitido entender la heterogeneidad de la dinámica social en torno al poder en muchos de sus niveles. Estas investigaciones han ayudado también a percibir el contenido político del pensar y el hacer tanto de grupos elitistas como de agrupaciones masivas de ciudadanos. Han permitido también sacar a flote componentes cognocitivos, afectivos y evaluativos de grupos y sectores en torno a la realidad política y su posible cambio, a profundizar en el funcionamiento de lo gubernamental, a entender la socialización de valoraciones políticas. Se ha visto tanto la dirección de las valoraciones previas en el comportamiento político, pero también la influencia, no siempre determinante, de los medios masivos de comunicación por una parte y del desempeño de instituciones políticas por la otra.<sup>40</sup> Así, se combinan las dos vertientes: la estructural y la subjetiva. Los estudios antropológicos han hecho avanzar el conocimiento de lo regional. Han correlacionado, sin mecanismos, lo económico, lo cultural y lo político. Han desentrañado el grado de autonomía de lo político sin desconectarlo de los condicionantes de otros factores. También se ha destacado lo que influye en el comportamiento electoral de parte de lo propiamente étnico y de lo religioso. Hay una interacción, hay traslapes. Se han podido evaluar los avances, retrocesos, límites y posibilidades de la democratización. Se han

ido consiguiendo logros en la temática electoral y en las maneras de abordarla. Se ha contribuido a definir más una geografía electoral. Se han destacado tanto los elementos individuales del acto de votar como sus implicaciones y significados grupales.

Cada vez crecen más los sectores que reclaman que lo electoral deje de ser esa actividad que ritualiza el poder constituido para que recaigan las decisiones políticas en manos de los ciudadanos. Aumenta la conciencia de capas sociales que ante un ámbito de auténtica decisión. Crece la aspiración de que el voto sea libre. Se van ampliando los espacios de competitividad. Hay una constante en el hacer del voto un instrumento real ciudadano que se contraponga a las imposiciones. Lo electoral ha ido dando pie al enfrentamiento con el estado, su partido, sus manipulaciones, sus trampas, sus maquinaciones para detener la emergencia democratizadora. Se incrementan los grupos que reclaman respeto a sus derechos y que se oponen con fuerza a las expresiones autoritarias. Cada vez se descubren más los mecanismos, por sofisticados que sean, del fraude y las maneras de conjurarlos. Se va adquiriendo conciencia de la democracia. Ante la manipulación se refuerza la exigencia de que haya reglas parejas, claras y que se respeten. Pero no sólo se vislumbra la democracia como modos de vida, de actuaciones más allá de lo meramente electoral. Lo democrático va siendo una valoración y actuación que tiene que ver con una amplia base social en disputa contra el poder constituido y por construir

<sup>40</sup> Cfr. G. Almond, *A discipline divided. Schools and sects in political science*, Sage, Newsbury, 1990.

un nuevo poder y manera de interrelacionarse socialmente. Pese a que los descalabros no terminan, no se agota la utopía democrática.

Hay indagaciones concretas y cada vez más demandantes de cómo ser y hacerse ciudadano, del alcance de los derechos cívicos para los cuales se exige respeto. Los estudios antropológicos han contribuido a la intelección del significado del combate electoral. De una actividad puntual, esporádica, ha llegado a ser extensiva y contagiosa. Los temas no sólo han versado sobre cuestiones clásicas antropológicas (rito, símbolo, cultura, etc). Han aparecido nuevos elementos, preocupaciones, enfoques y teorizaciones. Persisten acercamientos que destacan clases, poder, hegemonía. Se avanza en estudios regionales y de caso. Se combinan técnicas de toda índole: las estadísticas electorales (con todas sus apreciaciones y comparaciones), las especificidades de la cultura política, etc. El estudio electoral no puede menos que ser multidisciplinario en el que intervienen gran cantidad de categorizaciones y abordajes metodológicos. Desde la antropología se ha insistido en la observación participante que permite acotar las cifras electorales y no pocas generalizaciones. El trabajo antropológico pone ante los ojos las contradicciones entre los grupos; empuja tanto al análisis institucional como al de los movimientos sociales. Llama la atención acerca de cómo se establecen, se expresan y cambian las relaciones entre los actores en juego y situación. La formación antropológica no puede

menos que dejar descripciones densas. No sólo se atienden e interpretan las cifras producto de los comicios, sino que hay preocupaciones acerca de cómo se comportan los grupos, sus logros y obstáculos. Se ve el auge, el retroceso, y ese soterrarse de redes sociales que explica cómo en determinados momentos vuelven a surgir. La periodicidad de las elecciones posibilita la reactivación de grupalidades. El proceso de la democracia es de largo tramo. No termina con un triunfo, ni con su repetición. Está de por medio la alternancia, y el ánimo de los grupos de cambiar su voto. Los estudios antropológicos sobre elecciones han contribuido a que se entienda la diversidad de los que votan y de los que se abstienen. Han subrayado la complejidad del votar. En la explicación de qué opción favorece el voto no se recurre a una sola causalidad. Hay muchos factores que intervienen y con distinto peso. No todo es racional en el comportamiento electoral. Hay votos comprados, coaccionados, atemorizados, oportunistas, convenencieros, intercambiables, interesados, preferenciales, partidarios, retadores, opositoristas, reclamadores de democracia, etc. Hay votos fríos y votos cálidos. Hay cansancio, desánimo, desaliento, decepción; pero también renovación, irrupción y emergencias de nuevo tipo. Los estudios han ido sopesando muchos de los factores concurrentes, jerarquizados para conformar en determinada coyuntura una situación electoral dada. Dependiendo del sentir en sectores mayoritarios se ha podido visulizar cómo los medios

masivos pueden dejar tener la influencia que suelen ejercer en el electorado. La investigación antropológica ha permitido percibir cómo una lucha popular es capaz de sobredeterminar una elección. La crisis económica, los agravios del poder, las confluencias de sectores, las convergencias opositoras por el cambio y su conjugación han perfilado victorias electorales de partidos alternos. Son temáticas presentes en los análisis electorales de los antropólogos y las antropólogas las constantes, las variaciones, las expresiones peculiares regionales. No sólo se focaliza el comportamiento especial de determinados actores participantes, sino las diferenciaciones al interior de cada una de esas formaciones. Se valoran viejos reclamos vigentes (la plena proporcionalidad) y las nuevas demandas. Las investigaciones sitúan con precisión a los contendientes. Resaltan que pese al auge opositor y sus eventuales y aún abultados triunfos, hay una competencia dispareja con el partido del estado precisamente por ese carácter y sus implicaciones prácticas. Hay triunfos, pero todavía no se alcanza la limpieza electoral. El conflicto con todas sus aristas posibilita una óptica que no deja caer en fáciles optimismos. La exigencia antropológica de la comparación puede conducir a indagaciones de largo alcance de los procesos, y a establecer las distintas etapas. Es posible percibir con mayor detalle interrelación entre gobierno, partidos y ciudadanos situando las demandas de estos últimos. Se han realizado tipificaciones de éstas y sus nexos con el

acto de votar. Se ha dado cuenta de eventos, avances y decaimientos de formaciones partidarias dependiendo de su influencia de ánimo electoral. Las transformaciones sociales y sus repercusiones impactan los comicios. Se ha ido estudiando con mayor énfasis la intensidad distinta de los tiempos y espacios políticos en las coyunturas electorales. Si bien se ha cuidado de conectar edad, género, ocupación, ingreso, educación y otras variables con las distintas opciones electorales, los antropólogos y las antropólogas han resaltado la actuación previa al acto de votar en la misma jornada y sobre todo en la efervescencia postelectoral de los grupos sociales ante las elecciones.

Los estudios antropológicos de lo electoral han empujado a tratar de tener una mayor intelección del estado, del poder, de las élites y las masas, de los partidos políticos, de los movimientos sociales, regionales y cívicos; han lanzado el reto de conseguir una teorización acerca de lo público y lo privado, del autoritarismo, de la presentación, de la democratización, de la cultura política. Conforme adquiere mayor relevancia lo electoral en la vida política de más actores sociales, los estudios de los antropólogos y las antropólogas seguramente proseguirán tratando esta temática. Los estudios sobre elecciones desde la antropología se han ido sumando al debate en torno a la reforma política. No obstante, esta visión de los aportes desde la antropología a las investigaciones electorales quedaría incompleta si no se apuntarían también limitaciones. No pocas veces los estudios antropológicos so-

bre comicios locales, regionales y aún nacionales se circunscriben a dar sólo cuenta del caso escogido. Abundan los estudios concretos que no van más allá. Resta una ardua labor de síntesis teórica y metodológica, que sólo pue-

de emprender un equipo de alto nivel académico. Mientras esto no se realice, existe el riesgo de que simplemente se haga más de lo mismo, y de que no se trascienda lo ya logrado.